

21° Capítulo del Abad General para el CFM - 18.09.2012

“El duodécimo grado de humildad es que el monje, además de ser humilde en su corazón, lo manifieste siempre en su cuerpo a cuantos le vean; es decir, que durante la obra de Dios, en el oratorio, dentro del monasterio, en el huerto, cuando sale de viaje, en el campo y en todo lugar, sentado, de pie o al andar, esté siempre con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo. Y, creyéndose en todo momento reo de sus propios pecados, piensa que se encuentra ya en el tremendo juicio de Dios, diciendo sin cesar en la intimidad de su corazón lo mismo que aquel recaudador de impuestos decía con la mirada clavada en tierra: «Señor, soy tan pecador, que no soy digno de levantar mis ojos hacia el cielo» (cfr. Lc 18,13; Mt 8,8). Y también aquello del profeta: «He sido totalmente abatido y humillado» (Sal 37,9)” (RB 7,62-66).

“Además de ser humilde en su corazón, lo manifieste siempre en su cuerpo” (RB 7,62). El último grado de humildad es un grado de unidad de toda la persona del monje en la humildad. El hombre verdaderamente humilde está unificado y, por lo tanto, es verdaderamente monje (del griego *monos*, solo, único). Ante todo, debemos pensar en esta unidad de la persona cuando meditamos en este grado de humildad, porque si no pensamos en la unidad, no quedan más que actitudes, posiciones, una manera de hacer en lugar de edificar que solo produce aburrimiento, que solo trae consigo nervios. Las actitudes de humildad son desagradables cuando se muestran solo en el cuerpo y no en el corazón y, por lo tanto conllevan una división de la persona. Sin embargo, cuando la humildad es verdadera, está en el corazón, los signos externos no nos molestan, porque son sinceros, son irradiación sincera del corazón que implica todo el cuerpo.

La verdadera humildad unifica la persona, la hace de verdad “monástica”. ¿Por qué? ¿Porque la humildad unifica el corazón y el cuerpo? De por sí, no es la humildad la que unifica, sino Cristo. La humildad unifica toda nuestra persona porque nos hace adherirnos a Cristo, nos hace adherirnos a Cristo sobre todo con el corazón y, en último término, también con el cuerpo, con el cuerpo que expresa el corazón. El orgullo no nos unifica, porque el orgullo es la actitud que nos separa de Dios, y de todos. El hombre creado por Dios para Dios, a su imagen, ha perdido su unidad al separarse de Dios. El hombre no encuentra su unidad en sí mismo, es unificado por la comunión con Dios. Y la humildad es precisamente una vuelta al humus que Dios puede modelar a su imagen y semejanza creado al hombre, y que vivifica con el soplo de su Espíritu (cfr. Génesis 2,7).

El duodécimo grado de humildad no nos habla, como se puede pensar a primera vista, de actitudes externas, sino de la relación con Dios, de la conformación con Cristo que del corazón se irradia a toda la persona. El cuerpo con la cabeza inclinada (“*inclinato capite*”), no se refiere al cuerpo de un monje piadoso, sino al Cuerpo crucificado de Jesús, del Jesús de la Pasión de san Juan: “Después de haber tomado el vinagre, Jesús dijo: «Todo está cumplido». E inclinando la cabeza, entregó el espíritu” (Jn 19,30).

Todo, tanto para Jesús como para nosotros, se cumple en la humildad de la cabeza inclinada que permite al Espíritu Santo soplar sobre el mundo, animar la Iglesia,

llenarnos de caridad, es decir, renovar en nosotros la creación del hombre, del nuevo Adán, de la tierra, del humus de nuestra condición humana.

El hombre nuevo que nos presenta san Benito al final de los grados de humildad no es un hombre idealizado, un hombre que se purifica y salva por sí mismo: por el contrario, es el publicano arrepentido del Evangelio de Lucas (18,9-14), un hombre que no se siente digno de levantar los ojos a Dios, que se coloca en el último puesto, que se golpea el pecho, que se define solo como un pecador. Este es el hombre nuevo, el hombre unificado, la verdadera imagen de un monje cristiano. Porque es un hombre justificado por Dios, hecho justo por Dios, agraciado por Dios, un hombre que Dios puede rehacer con la gracia del Espíritu.

A decir verdad, aquí san Benito hace como una fusión entre el publicano arrepentido y el centurión que pide a Cristo que le cure a su siervo enfermo, y que dice a Jesús: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, di solamente una palabra y mi siervo será curado" (Mt 8,8).

La escala de la humildad parte del grado en el que se nos pide acordarnos de que Dios está siempre presente. Al final, la conciencia de esta Presencia divina es tan clara como para llenar el corazón de temor de Dios, de sentimiento de indignidad en las relaciones con un Dios que viene a estar con nosotros y que nos quiere curar. Como siente Pedro en la barca, después de haber visto el milagro de la pesca milagrosa: "¡Señor, apártate de mí, que soy un pecador!" (Lc 5,8).

Pero precisamente al hombre humilde, que sabe que es un pecador, que no es digno de Dios, es al que el Señor se le acerca más, porque Jesús toma antes que nosotros el último puesto, el puesto de los pecadores, y este puesto es la Cruz. Cuando reclina la cabeza, después de haber dicho que todo está cumplido, es precisamente el momento en el que la presencia de Dios en nuestra humanidad justifica a todos los pecadores. Y el reconocerse indignos de esta misericordia infinita, pidiéndola como el publicano, "¡Oh Dios, ten misericordia de mí que soy un pecador!" (Lc 18,13), quiere decir precisamente acoger en nuestra miseria la humildad de Cristo, la que nos salva y justifica.

Toda la gran tradición monástica que nos hace repetir la invocación a Jesús, mendigar su misericordia, el *Kyrie eleison*, ha comprendido que en el publicano arrepentido y humilde, Jesús nos muestra la posición humana más verdadera, la concepción más verdadera de nuestro "yo", que lo convierte en espacio que la gracia puede invadir y llenar de alegría pascual.

San Benito pide esta conciencia de sí y esta apertura de mendigo de la gracia por todas partes, en todo lugar y situación, haciendo una lista detallada: "durante la obra de Dios, en el oratorio, dentro del monasterio, en el huerto, cuando sale de viaje, en el campo y en todo lugar, sentado, de pie o al andar" (7,63). Cuando se tiene la posición justa en el corazón, se tiene también en el cuerpo, y se tiene en toda posición del cuerpo y en todo ámbito de nuestra vida diaria. El hombre unificado por la humildad, unifica todo, vive en unidad universal, que es la de la caridad de Cristo.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist